

## UNA NOVELA ESPAÑOLA

SOBRE COLOMBIA

Don Juan Servert es un diplomático español que desempeñó por varios años la Secretaría de la Legación de su país en Bogotá, en donde él y su familia obtuvieron cariño y atenciones. Vuelto á la Península, dejó allá su familia; y como no había terminado aún el tiempo de su permanencia en la Secretaría de la Legación, volvió á Colombia, pero no llegó hasta Bogotá, sino que se quedó en Barranquilla ó Puerto Colombia, para terminar allí el tiempo de su servicio, como quien cumple el período de una condena. Mal sitio escogió el Sr. Servert para dar satisfacción á la ley de servicio diplomático que lo obligaba á habitar en Colombia por determinado número de años; porque si bien es cierto que Puerto Colombia es un lugar adecuado para ponerse en comunicación con el Exterior, no tiene otras condiciones como lugar habitable; y produce la impresión de la costa de una colonia penal ó una isla desierta, como observa el Sr. Servert, por boca de la heroína de su novela. Probablemente fue allí donde el Sr. Servert, para distraer los largos ocios de una morada tan poco diplomática, se dedicó á escribir el libro que ha publicado recientemente en Madrid; y parece probarlo el esfuerzo que hace por prolongar indefinidamente la relación, como si temiera que se le acabase demasiado pronto aquella materia de entretenimiento espiritual.

La obra del Sr. Servert tiene un título bilingüe (alemán y castellano), como esas cajas de drogas ó botellas de elixires, que ostentan rótulos y recomendaciones en diversas lenguas. *Fraülein Emma* es el nombre del libro y también el de la heroína, que es sencillamente una bailarina alemana, perteneciente á una *troupe* destinada á hacer su estreno en Bogotá. No sabemos si las aventuras que el Sr. Servert cuenta tengan algo de real, y si la *Srita. Emma*

formara parte de una Compañía que hace no pocos años vino á Bogotá, donde tuvo un fracaso completo; lo que sí se ve claramente es que, sea real ó nó la figura de la bailarina, el Sr. Servert ha tomado sus aventuras como pretexto para darnos á conocer sus impresiones sobre Colombia y narrarnos menudamente su propio viaje de la Costa á la capital. Sin el picante de esta salsa, estamos seguros de que el Sr. Servert no se hubiera preocupado grandemente de las malandanzas de la artista germánica, ó por lo menos no las habría considerado dignas de una novela de más de cuatrocientas páginas, sino á lo sumo de un cuento corto, género tan en boga hoy en el mundo literario.

El Sr. Servert quería darnos su descripción de Colombia, país de que los españoles suelen no conocer sino el nombre, como les acontece con la mayor parte de la América que fue suya. Pero no quiso nuestro diplomático agregar simplemente un volumen más á la ya larga serie de Viajes por Colombia, que adornan las bibliotecas de los aficionados á este género de literatura; quiso ser, por un lado, novelista, para interesar con la trama de su relato á lectores poco sensibles á las impresiones de viaje; y por otro lado, pintor de paisajes exóticos y cronista de la vida criolla. Por ambos respectos merece examinarse.

Para ser justos, debemos declarar que el Sr. Servert revela cualidades de escritor que no sospechábamos en él los que sólo lo conocimos como diplomático y hombre de sociedad. Narra con facilidad y soltura, describe con precisión, sazona su relato con reflexiones que revelan su experiencia del mundo y de la vida; y maneja la lengua con abundancia y gracia, aunque no siempre con intachable corrección, como lo prueba el uso inmoderado del verbo *apercibirse* por *darse cuenta*, que es uno de los peores barbarismos que se han introducido en el lenguaje corriente. Lo que puede censurarse en el Sr. Servert, como novelista, es la lentitud para desarrollar la acción; la tendencia á multiplicar incidentes y á acumular detalles, con perjuicio del

interés que debe despertar lo principal; en una palabra, la inflación de un pequeño asunto hasta las proporciones de una dilatada novela. Ejemplo característico de esto encontramos en los tres capítulos en que describe la travesía marítima de las bailarinas. Como los incidentes de la navegación eran escasos, el autor, para no llegar pronto al puerto, se entrega á varias divagaciones. Recorre el buque en calidad de visitante, y en un saloncito ó *boudoir*, alcanza á ver en la penumbra la figura de un niño, desnudo, "bellísimo como un angelote"; dudando conocerlo, se acerca, entre fascinado y temeroso; y halla... que el niño es ciego! Trata de acariciarlo, pero ese cuerpo es una ilusión; y cómo no había de serlo, si el pequeño personaje es nada menos que Cupido armado de su invencible flecha, que para jugar una partida á los viajeros, se ha embarcado en el mismo buque. Y en estas disertaciones gasta el autor cuatro páginas; para pasar luégo á hablarnos de otros seres abstractos, personificados como en los poemas épicos, que sirven de acólitos al Amor y han tomado también pasaje para América, como el Interés, el Egoísmo, la Conveniencia y otros tantos. Diríase que estamos leyendo alguna página de la *Henriada* de Voltaire.

Cuando Fraüelein Emma cambia el vapor de mar, donde ha iniciado unos amores románticos con un joven alemán, que va destinado á una casa de comercio de Caracas, por el vaporcito del río Magdalena, el Sr. Servert, de novelista se convierte en escritor de viajes. Esta parte del libro tiene el interés de toda descripción del natural, pues lo que el Sr. Servert cuenta es su propio viaje á Bogotá; aquellas son sus aventuras, el diario de sus impresiones en un país que tenía para él el misterio de lo desconocido. Nuestro diplomático no olvida el más pequeño incidente. No es su arte el de aquellos escritores que describen á grandes masas la naturaleza; no tiene imaginación poética; es un detallista que no se fastidia con desmenuzar los hechos. De tarde en tarde asoma el paisajista y hallamos un cuadro como el que se contiene en estas líneas:

"La atmósfera estaba cargada, sobre todo por el Este, de densos nubarrones negruzcos y plomizos, en cuyo seno parecían albergarse rayos capaces de aniquilar el mundo. De tiempo en tiempo, compitiendo casi con la luz del sol, surcábanlos los relámpagos; ó bien las centellas, de forma quebrada y sencilla unas veces, arborescentes otras, estallaban en las mismas nubes del horizonte lejano, ó desde ellas parecían llegar á las más próximas, atravesándolas, escondiéndose ó saltando de una en otra. Ocultábase el sol lentamente tras una alta y tupida barrera de árboles seculares, gigantescos y frondosísimos, ribeteando de oro y grana los vapores suspendidos en el aire, en tanto que algunos rayos del brillante astro, cabrilleando en las aguas del río, daban á las que iluminaban apariencia de dorado y líquido chorro que ondulaba al soplo de la brisa sobre un baño de mercurio. Jamás habían visto en el cielo nuestros viajeros tantas tonalidades diferentes. Hallábanse en él todos los grises, desde el plomo oscuro hasta el perla más suave y de purísimo oriente, y sobre esos colores, más ó menos neutros, tomaban incontrastable pero delicado vigor los rojos y amarillos, los violetas, los azules, y hasta un verde claro, con pinceladas discretas, con una suavidad y finura que embelesaba la vista."

Trozos como éste, en que hay algo de movimiento lírico, son raros en el libro. La puesta del sol en los trópicos conmovió el alma del autor por un momento, como la visita al Tequendama entusiasmó por un minuto el pobre espíritu de Mr. de Gabriac; pero pronto vuelve á predominar la observación realista y aun trivial, con sus deijos de censura burlona. El libro del Sr. Servert no ha sido escrito con espíritu de simpatía hacia Colombia. De la lectura de esas páginas se desprende un hálito frío, como si el corazón del autor jamás hubiera palpitado en armonía con el espíritu del pueblo que describe. El Sr. Servert se declara amigo de Colombia, país á que califica de muy hospitalario y á quien predice un brillante porvenir; pero, quizás

sin darse cuenta él mismo, la impresión que produce su libro es, en definitiva, desfavorable á nuestra tierra. Y no es que nos calumnie, ni que dé muestras de la petulante y ridícula ignorancia de Gabriac: cuanto dice es exacto; y ni siquiera nos parecen objetables los rasgos más vivos con que pinta las increíbles dificultades de un viaje de la Costa á Bogotá. Aquellas posadas, dignas del tiempo de Don Quijote; aquella vida del río Magdalena, casi tan incómoda como la que llevarían en sus carabelas Colón y sus compañeros, son cosas que todos conocemos demasiado para extrañar que causen enorme impresión en un extranjero, acostumbrado á viajar á la moderna. Pero no es la descripción de nuestras pequeñeces y miserias lo que da al libro del Sr. Servert el sabor algo acedo de que hemos hablado. Otros viajeros han dado rienda suelta á la pluma al tocar esta materia, que tanto se presta á pinturas casi inverosímiles y no poco regocijadas. El Ministro argentino, D. Miguel Cané, en su conocido libro *En viaje*, pintó las peripecias del que hizo á Bogotá con tal viveza, que D. Juan Varela dice en sus *Cartas Americanas*: "A la verdad que á tanta costa y exponiéndome á tanto percance, tal vez ni aun cuando yo estuviese ahora en la flor de la juventud, me atrevería á ir á Bogotá. El Sr. Cané pinta la empresa casi como sobrehumana para un hombre civilizado." Y sin embargo, el libro de Cané deja una impresión grata acerca de Colombia, y sobre todo de la vida en Bogotá; como la deja también el libro de otro notable argentino, García Merou, el cual tampoco escasea los brochazos realistas cuando pinta el lado incómodo y mal oliente de nuestra incompleta civilización material. Pero el ejemplo más notable que puede aducirse al caso son los *Souvenir* de Mr. D'Espagnat, distinguido escritor francés (muerto ya por desgracia), hecho á todas las comodidades y elegancias de la metrópoli del buen gusto y el refinamiento. D'Espagnat no podía dejar de sentir las deficiencias de nuestra vida como nación civilizada; y

además su condición de francés le hacía más difícil el salir del aislamiento, el ponerse en contacto con el abigarrado pueblo que visitaba; y sin embargo, quizá no hay libro de viajes por Colombia que haya sido escrito con tono más simpático, con criterio más generoso que el suyo. ¿A qué se deben estas diferencias? A que los dos argentinos y el francés entraron en comunicación con el alma de nuestro pueblo, la comprendieron y simpatizaron con ella; esa alma que está difusa en el aspecto de los sitios, en el carácter de las ciudades, en las costumbres, en los gustos, en el trato social, en las producciones artísticas, hasta en la forma peculiar de los trajes, en el timbre de la voz y en el tañido, ya alegre, ya melancólico, de las campanas. El Sr. Servert conoció á Colombia; pero ni el país ni los colombianos le caímos en gracia; por eso su libro no tiene un rayo de sol: es todo gris, todo del color del desafecto y del tedio.

Otros viajeros, después de sentir en todo su rigor los padecimientos del viaje por la región tropical, han experimentado, al llegar á Bogotá, un inesperado sentimiento de complacencia y regocijo; y sin declarar á la antigua Santafé una ciudad á la moderna, han consignado en sus recuerdos la impresión simpática que les ha causado el hallar un centro civilizado en donde no pensaron encontrar sino un agreste nido de águilas; y no han escaseado sus elogios al carácter hospitalario de los habitantes, á la cultura social, al agrado de la vida de familia, á la belleza y aristocrática distinción de las mujeres, al entusiasmo por la ciencia y el arte que se advierte en los hombres y á que no es extraño tampoco el sexo femenino. Esta impresión fue perfectamente apreciada por D. Juan Valera, á quien volvemos á citar, porque nunca está de más el recordar á tan gran maestro de lengua y estilo, ahora que algunos novadores afectan desdeñarlo: "Representándome todo el cúmulo de obstáculos que para llegar á Bogotá deben allanarse, y después lo agradable y ameno de la

vida de Bogotá, donde hay tanto músico y tanto poeta, recordaba yo la antiquísima fábula griega del país de los Hiperbóreos, para llegar al cual se necesita pasar más allá de las Montañas Rifeas, donde Boreas vive y donde hay tremendos peligros y todo es inhospitable. Pero salvados la aspereza y el horror de las referidas montañas, hallábase el viajero en medio de un pueblo excelente, predilecto del Dios Apolo, donde casi todos los habitantes cantaban y tocaban deliciosamente la lira, y donde las lindas mujeres eran también cantoras, y bailaban con rara gallardía y cautivaban los corazones con su ingenio y con su gracia."

Prescindiendo de símiles poéticos, es la verdad que viajeros tan cultos como D'Espagnat han encontrado aspectos agradables y simpáticos en la vida de Bogotá. Pero en el libro del Sr. Servert, si el viaje á la capital es áspero y duro, la llegada es aún más triste é inamena. Quizá esto se debe en parte á la clase de tema escogido por el autor; pues no todo el que llega á Bogotá sufre hado tan adverso como la desdichada Emma, quien aparece como víctima, primero de la sociedad en general, que la hace fracasar como artista, por escrúpulos morales que el autor no comprende; y luégo de los hombres, que se portan con ella audaz y groseramente cuando de bailarina se convierte en institutora, y que al cabo, la precipitan al abismo, impidiéndola realizar su idilio con el joven alemán residente en Caracas. Es decir, que le quita el Sr. Servert á Bogotá hasta el carácter de ciudad hospitalaria y caritativa, que nadie hasta ahora le ha negado. No extrañamos que al Sr. Servert ó á cualquiera otro europeo, le parezca excesivo el puritanismo de la sociedad bogotana con respecto á las bailarinas, aunque no están excesivamente lejanos los tiempos en que el Rey Fernando II de Nápoles obligaba á las artistas coreográficas á presentarse en escena con una indumentaria de su invención, que, según un testigo presencial, las hacía parecer ranas. No eran tantas las exigencias del recato bogotano, según se desprende

de la novela. Por lo demás, el Sr. Servert sabe que en ciertas regiones de España sucedería lo mismo que, según él, aconteció en Bogotá. Nosotros hemos visto en la Península reservas morales en materias de espectáculos, que parecen inexplicables en una sociedad que goza de tanta libertad como la española. Tuvimos ocasión de ver casi vacío y privado del elemento femenino el gran teatro de San Fernando, en Sevilla, cuando la célebre María Tubau daba allí el conocido drama *Disvorçons*, que se ha representado sin protesta de nadie en Bogotá: y no se dirá por esto que sea muy monjil y asustadiza la sociedad de la reina del Betis.

El Sr. Servert, en su calidad de europeo, tiene perfecto derecho de lamentar nuestro atraso y censurar nuestros defectos; pero en su condición de español debía tener en cuenta que ese atraso y esos defectos son herencia que recibimos, en parte, de la Madre Patria, junto con un caudal de inapreciables cualidades. A España debemos la fe religiosa, el espíritu caballeresco, el carácter franco y hospitalario, la imaginación viva y ardiente, el idealismo, en suma, que se manifiesta en los actos decisivos de la raza; pero ¿cómo negar que como hijos de España tenemos en grado menor que otros pueblos espíritu práctico, genio inventivo, actividad y energía para el trabajo industrial, y que somos más aficionados á gastar la savia nacional en pronunciamientos ó en estériles luchas políticas que en fecundar el suelo y transformarlo por el esfuerzo constante y científicamente aprovechado? Aun esa falta de comodidades, que tan sensible fue para el Sr. Servert, ¿puede extrañarla el hijo de una nación que en su época de mayor esplendor, cuando era señora del mundo, ocultaba, bajo ostentosas apariencias de lujo y magnificencia, una miseria profunda, una vida de gitanesca sordidez, que nos revelan, no sólo las memorias del tiempo, no sólo libros de viajes como el de Mad. d'Aulnoy, sino las comedias, las novelas picarescas, representación bastante fiel de la realidad? Y

sin remontarse tanto en el tiempo, que era Madrid, ya bien entrado el siglo XIX? Dígalo el citado D. Juan Valera, testigo de la mayor excepción, quien refiriéndose al medio social en que desarrolló sus comedias Bretón de los Herberos, escribe lo siguiente, que copiamos hasta con cierto rasgo realista, que contribuye á acentuar la descripción: “¿Quién no recuerda, si ya es viejo, lo que todavía era Madrid en 1840, pongamos por caso? Su extensión mucho menor, sus calles más tortuosas, estrechas y sucias; no había coches de punto; los coches particulares eran pocos; los simones raros y malos; apenas había agua para beber y guisar y escasísima para que pudiera lavarse más que la cara y las manos quien sentía tal necesidad ó tal capricho; el portal de cada casa, por lo común sin portero, era un muladar asqueroso; los vidrios de las ventanas no eran mayores que una cuartilla de papel, y tan verdosos y llenos de burbujas, que si algo se traslucía por ellos, poco se transparentaba; el menaje de las casas era por lo general humilde y antiartístico; esteras de esparto en vez de alfombras; sillas baratas, muebles mezquinos, y en vez de chimeneas, braseros con camillas, en torno de las cuales se sentaban, cubriéndose las piernas con la bayeta que colgaba al rededor, las personas asistentes en una tertulia de confianza.... Añádase á todo esto el perverso olor que infestaba muchas habitaciones, mezclándose con el de la cocina y saliendo de un lugar indispensable, puesto en ella ó cerca de ella, y donde siempre faltaba agua corriente para limpiar y desatascar ciertos conductos” (1). Hoy mismo, si bien es indudable que la civilización ha hecho grandes progresos en España, convirtiendo á Madrid en una verdadera Corte y haciendo de Barcelona una inmensa y magnífica ciudad, también es cierto que apartándose un poco de la ruta seguida por los trenes—factores decisivos en la obra del progreso—es fácil encontrar regiones bastante primitivas, pueblos que no poseen noción del *confort*, y po-

(1) *Florilegio de poetas castellanas*, t. V, pág. 83.

sadas que mantienen la fama de las que habitó el Ingenioso Hidalgo. ¿Y esto lo decimos para justificar nuestro atraso, nuestro desaseo y nuestra incuria? De ningún modo; antes nos indigna la idea de que podamos seguir viviendo en la pereza, en la inacción, sin pedir á la naturaleza otra cosa que lo que ella buenamente da de sí; y satisfechos con las alabanzas que los poetas y oradores patrióticos tributan á Colombia, como si fuera la nación más feliz, más próspera y más afortunada de la tierra. Es preciso salir de esa indolencia musulmana; y convencerse de que en esta tierra puede encerrarse un Edén; pero que debemos conquistarlo á viva fuerza, luchando con monstruos más formidables que los de la antigua mitología.

Para terminar, recordaremos que un año antes que el libro del Sr. Servert salió en Londres una novela inglesa, cuya primera parte tiene lugar también en Colombia: *A Brighton Tragedy*, por Guy Boothby. Algunas escenas se desarrollan en una hacienda y otras en Bogotá; pero la obra no tiene un carácter local bien acentuado; ni esto entraba en el plan del autor, que no se propuso describir costumbres exóticas, sino relatar la historia de un crimen misterioso, como los que cuenta en sus novelas Conan Doyle. La heroína de la narración es colombiana, como pudiera ser de cualquiera otra parte; y si el autor tuvo el capricho de darle esta nacionalidad, y de tomar como escenario para varios capítulos un país que califica de *one of the most remarkable places on this planet*, no lo hizo por motivos artísticos, si no quizá como recuerdo de algún viaje hecho á Colombia ó de lecturas que le llamaron la atención sobre esta región del Nuevo Mundo. En todo caso, la idea que despierta acerca del país es favorable; y el relato, aunque poco verosímil y de medianos quilates artísticos, es más breve y se deja leer más fácilmente que el enorme libro del Sr. Servert. Despierta la curiosidad, ya que no satisfaga á facultades estéticas de orden más elevado.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO